

SOY CAPAZ DE HACERLO**ANTARES**

Me llamo Filípides, y soy capaz de hacerlo. A pesar de tanto cansancio acumulado, de tanto esfuerzo, del dolor de las heridas, soy capaz de hacerlo. Porque su vida está en mis manos. ¡Y lo haré!

Parece que hace ya mucho tiempo y sólo han pasado ocho días desde que nuestro ejército salía orgulloso de Atenas, camino de la playa de Maratón, donde nos habían informado de que Darío pensaba desembarcar desde sus más de seiscientas naves a todo el ejército aqueménida: más de cien mil hombres de a pie y más de mil de a caballo, con la intención de destruir Atenas y su orgullo de una vez por todas. Ocho días desde que mis amados hoplitas avanzaban en una dirección y yo tomaba la contraria, camino de Esparta, para pedir el apoyo de sus guerreros en la batalla que a todos nos incumbía. Los hijos de Darío ya habían conquistado Tracia y Macedonia, y nosotros, los atenienses, sólo éramos diez mil, más los mil soldados procedentes de Platea, que no parecían gran cosa, aunque luego, en el combate sobre la arena de Maratón se portaron dignamente e hicieron honor a su compromiso por la libertad.

De modo que corrí hacia Esparta, confiando en que sus homoiói serían de gran ayuda para nosotros. Esos espartanos siempre me han producido una extraña sensación. Es cierto que no son como los asiáticos, que atraviesan el mar una y otra vez con intención de dominarnos; aunque tal vez su radical visión de los hombres acabe por ser peor. Si eres espartano, y eres sano y fuerte, y si resistes todo lo que el Estado espera de ti, entonces eres digno de vivir y todo está a tu servicio, incluidos los ilotas y todo ser vivo; pero siempre la colectividad, la ciudad, la guerra, la voluntad de los que deciden por ti se impondrán a tus deseos. Y la debilidad se paga. Siempre.

De modo que, aunque son buenos para tenerlos de aliados en el combate y muy malos si se enfrentan a ti, no veo, aunque en estos momentos estos pensamientos deben quedarse para uno mismo, mucha diferencia entre ellos y los persas de Darío. Cuando todo empezó, el aqueménida hizo una propuesta que no sonaba demasiado grave, si bien se mira. La obediencia ciega a su poder y, a cambio, él respetaría todas nuestras tradiciones y costumbres, así como la autonomía de las ciudades griegas. Aunque la trampa estaba donde siempre ha estado: a cambio de la seguridad el poderoso imperio nos lo daría todo. O sea, si uno acepta la tiranía como forma de poder, no habrá problemas.

En Atenas sólo se encontró una objeción no pequeña a tal propuesta: la libertad, la verdadera libertad que uno se da a sí mismo, dejaba de existir, y la humillación y el silencio consentidor y humillante ante toda imposición del tirano serían la pauta de vida en adelante. Tal vez para un espartano esto no sería difícil de entender, salvo que un espartano sólo admite que otro espartano sea el que le mande y le domine, pero no para un ateniense, acostumbrado a pensar por sí mismo y a elegir siempre después de haber discutido los pros y los contras de las cosas. Ya tuvimos nuestros tiranos y acabamos con ellos hace unos años. Por eso, ahora, Darío llega ayudado y acompañado por Hípías, el último tirano que tuvimos, que tal vez espera volver a imponernos ese viejo régimen en el que él era el amo.

Por eso corro ahora, y no siento mayor cansancio, aunque a veces noto algunos pinchazos en el pecho; algo a lo que ya estoy acostumbrado de todas formas. Ahora se acerca un largo trecho de lomas suaves, casi todas ellas cubiertas de hierba y pequeñas florecillas amarillas, que ahora, con el sol del verano, brillan como si llegaran caídas de las guirnaldas que adornan los dorados cabellos de Afrodita. Sobre ese suelo blando y amable trataré de descansar sin parar de correr. Que es como he aprendido a descansar en otras carreras más largas. Sólo que ésta me cuesta un poco más por la herida en el codo izquierdo que me hizo un persa con una maza y que no me deja bracear a la par con el brazo derecho. Esa herida apenas duele si no muevo mucho el brazo, lo que sí molesta más es la hinchazón que se me va formando en el pecho, por debajo del corazón; otro mazazo que no conseguí detener del todo con el escudo; y fue el golpe del borde de éste contra las costillas lo que ahora hace que no siempre la respiración sea tan regular como quisiera.

Pero soy Filípides y me siento capaz de hacerlo. Y lo haré, por Atenas, y por mí.

Así que el pueblo no aceptó la generosa oferta de Darío, jaleada, eso es verdad, por muchas voces que decían que mejor vivir en armonía con los aqueménidas que no arriesgarnos a perder la vida y los bienes en una apuesta arriesgada y sin visos de triunfar. Que la paz era el bien supremo y que por él había que renunciar a los particularismos y a nuestra soberbia de considerarnos superiores. Sin embargo, nos sublevamos y no

aceptamos caer en la trampa como corderos; y nuestro apoyo a la revuelta de los jonios, y el triunfo que le siguió demostraron nuestra determinación. Luego, cuando las naves persas se hundieron por la gran tormenta frente al monte Athos, muchos pensaron que, además de la razón y la sed de libertad, los dioses nos sonreían y manifestaban a su manera que estaban con nosotros.

Maratón no está lejos de Atenas, a apenas doscientos veinticuatro estadios. Aún me queda la mitad. Lo que falta es más llano que lo que ya he pasado. Sin embargo, la respiración no acaba de normalizarse y algo como llamas me calienta el pecho por dentro. Pero no puedo detenerme. Yo he ido y vuelto a lugares mucho más lejanos. A Esparta, hace unos pocos días. Para volver de inmediato, además, con la mala noticia de que esos bárbaros no nos podían socorrer por el momento. En dos días fui, necesité uno más para presentarme a ellos y trasladarles nuestra petición de ayuda, y luego volví para encontrarme que Milciades y los hoplitas atenienses ya habían partido hacia Maratón. Así que seguí el camino por los mismos senderos que ahora desando hasta alcanzar a mis compañeros de lucha ya situados en la playa, frente a los guerreros de Darío, separados por apenas ocho estadios de arena llana y despejada.

A Esparta llegué en algo más de un día y medio, aunque en Atenas y luego en Maratón dijera que lo había hecho en uno solo. Allí les dije lo que se me había encargado decir: "Hombres de Esparta, los atenienses os piden ayuda, y os ruegan que no permanezcáis de brazos cruzados mientras la ciudad más antigua de Grecia es aplastada y sometida por un invasor extranjero; Eretria ya ha sido esclavizada, y Grecia se debilita por la pérdida de una buena ciudad". Sin embargo, los dioses espartanos son tan intransigentes como sus hombres y no hubo manera de convencerles de la urgencia. Tal vez pensaran que así, cuando Atenas ya hubiera caído ellos atacarían a Darío en solitario y le derrotarían, sobre eso ningún espartano tiene la menor duda, consiguiendo toda la gloria para sí.

En todo caso, la noticia de que los espartanos estaban celebrando la fiesta de las Carneas, y de que hasta el próximo plenilunio no se pondrían en marcha, no pareció afectar demasiado a mis hermanos, ni a Milciades, nuestro jefe. Eso no cambiaría sus planes ni nuestro destino. Y la victoria, de sernos propicio el destino, sería sólo nuestra.

No era la primera, y espero que no sea la última vez que he corrido hasta Esparta. Los caminos hacia allí son especialmente hermosos, al menos hasta que ya entras en tierra de ilotas y todo se vuelve organizado y disciplinado: sus campos regulares, los senderos rectos, las patrullas de vigilantes... Pero antes, subir desde Atenas es muy agradable y placentero; y el esfuerzo de las ascensiones merece la pena ante las panorámicas que se descubren al llegar a lo alto, cuando el sol rompe las nubes bajas y éstas dibujan senderos blancos en el cielo, que se miran con los caminos verdes trazados en la tierra. No sé por cuáles de los dos sería más hermoso correr.

En una de esas carreras entre el cielo y la tierra, hace ya unos años, fue cuando me encontré al dios Pan. En persona. Atravesaba a buen ritmo el monte Parthenium, cerca de Tegea, cuando de pronto sentí unas pisadas que se me acercaban por detrás, rápidamente, y eso que yo no corría despacio en ese momento. Vi por el rabillo del ojo la sombra de un cuerpo que se ponía a mi altura y, al mirar quién era, descubrí asombrado que el mismísimo Pan estaba compartiendo la carrera conmigo. Así seguimos un tiempo, sin ceder el paso ninguno de los dos. Sus pezuñas de chivo hacían saltar las piedras en todas direcciones y me golpeaban como pequeñas abejas en los tobillos y los muslos; pero yo no estaba dispuesto a dejarme rebasar por una especie de cabra, por muy dios que fuera.

Hasta que él me llamó por mi nombre y entonces, asustado, me detuve casi en seco. Al fin, un dios, incluso el amo de todos los faunos, merece respeto. Él pareció haberme leído los pensamientos no demasiado respetuosos y me preguntó por qué no era querido en Atenas, a pesar de que siempre había sentido un gran cariño por sus ciudadanos. No supe qué decirle y me mantuve en silencio. Siguió hablándome durante un rato y mostrándome su amor por nosotros, a pesar, dijo, de nuestro orgullo que a veces nos llevaba al descreimiento y a pensar que una gran ciudad sólo merecía a los más grandes dioses.

Me convenció, claro, ya sólo con el tono de su voz los argumentos se volvían convincentes, y le prometí que hablaría de él a la vuelta a Atenas y que haría todo lo posible por que su nombre se pronunciara con respeto por todos sus ciudadanos. Algo debí conseguir pues, tras narrar esta aventura, en la ciudad construimos en su honor el templo que hay situado bajo la Acrópolis, y también a su mayor gloria, y en recuerdo de la competición

que mantuve con un dios, cada año, al anochecer, se celebra una carrera de antorchas, además de otros actos y sacrificios propiciatorios.

No puedo detenerme como quisiera, ni siquiera un momento. A pesar de que lo deseo más de lo que nunca he querido parar una vez comenzada la marcha. Apenas siento el brazo izquierdo, que está como dormido, y el bulto entre mis costillas cada vez es más sobresaliente. Sin embargo, tengo que seguir, tengo que seguir. Debo correr más que los barcos y que los caballos. Porque esa es otra de las cosas raras que ocurrieron en Maratón. Milcíades temía que Darío hubiera elegido el terreno para poder emplear a su caballería en una carga frontal sobre la arena contra nosotros. Pero no lo hizo, un día antes del combate, la reembarcó entera y aparejó las naves. Y tan pronto se vio que el enfrentamiento concluía en derrota, más de la mitad de la flota desplegó las velas y se hizo a la mar.

Milcíades teme que el persa sea consciente de que detrás de nosotros no haya quedado nadie en Atenas para defenderla. Por eso corro, por eso tengo que llegar, para avisarles de que deben resistir, de que todo el ejército me sigue a marchas forzadas, para llegar a tiempo. Porque nuestro temor es que las naves de Darío intenten acercarse y desembarcar a toda la caballería en el puerto de Falero, para desde allí asaltar la ciudad. Los seguidores de Hipias, que aún tiene sus partidarios en Atenas, les abrirían las puertas o iniciarían una sublevación interna para facilitar el asalto y la conquista.

Nuestro ejército, a pesar del cansancio de la batalla, no tardará más de diez horas en llegar a la Acrópolis, con eso será suficiente para que impidan la llegada de Darío. Pero yo debo hacer la carrera en menos de tres horas, porque lo importante es avisar y evitar que la sorpresa dé la vuelta a todos los planes y permita la llegada de esos malditos persas.

Y llegaré, a pesar del dolor y del cansancio. Me llamo Filípides y seré capaz de hacerlo. ¡Lo haré!

Cómo no lograr lo pequeño después de haber conseguido lo grande. La gran carrera ya la dimos, todos juntos, brazo con brazo, escudo con escudo, las lanzas como un erizo inmovible. Los dos ejércitos permanecieron enfrentados, quietos y expectantes durante cinco días, separados por apenas ocho estadios de distancia. A nuestras espaldas el bosquecillo bajo por el que llegué con la noticia de Esparta; a las de ellos, el mar y sus naves. Nadie sabía bien qué iba a pasar. La marcha de los caballos nos dio algo de tranquilidad, pero aún quedaban los arqueros, lo más temible de la fuerza de Darío, que eran capaces de destrozarse a todo un ejército sin haber llegado a chocar escudos, lanzas y espadas. Disparaban con tal rapidez que permanecer a la espera era un suicidio pero avanzar sobre ellos no lo era menos. Y sin embargo, algo nos hizo triunfar.

Y ese algo, cómo pararme yo ahora, fue la carrera.

Todo el mundo sabe que los hoplitas llevamos un pesado equipo, que es a la vez lo que nos da la fuerza y la seguridad en el choque: la lanza, la espada corta, el escudo de piel cubierto de láminas de metal, la coraza, las grebas, los brazaletes de bronce... Cada hombre libre de Atenas compra y cuida su equipo, y se entrena con él hasta sentirse a gusto y seguro de su empleo. Pero ello no consigue, claro, que la panoplia pese menos. Tal vez para demostrar que un ateniense es capaz de todo, incluso de lo más duro y difícil, es por lo que desde hace unos años, en los juegos que cada cuatro celebramos en honor de Olimpia, se ha incluido la carrera de hoplitas. Bien es verdad que no se lleva todo el equipo, pero sí las grebas, el escudo y el yelmo, y el tahalí cruzado con la espada corta.

Aunque eso no tiene nada que ver con lo ocurrido en Maratón. Los aqueménidas debieron calcular que recorrer los ocho estadios llevaría a nuestro ejército más de diez minutos, tiempo suficiente para que sus flechas rompieran la formación y permitieran un eficaz ataque de su infantería. Por eso su sorpresa debió ser grande cuando la falange de hoplitas, sin romper la formación, comenzó a correr a un ritmo vivo sobre la arena, en principio parecía lento, pero fue creciendo a cada estadio recorrido, para, en los dos últimos, aquellos en que sus arcos eran eficaces y nos podían alcanzar, convertirse en una carrera desenfrenada. Carrera que acabó en un choque brutal contra las líneas persas, que se hundieron de inmediato para concluir en una desbandada que llevó a los hijos de Darío a abandonar sus armas y lanzarse al agua a la búsqueda de la seguridad de las naves próximas.

Inundados por un torrente de cólera, fuimos a su encuentro corriendo con lanza y escudo, de pie, hombre contra hombre, mordiéndonos los labios por la furia. Bajo la nube de flechas no podía verse el sol. Y triunfamos. En ese choque final que los expulsó hasta el mar es en el que me hice las dos heridas que ahora

me atormentan. Aunque ya queda poco, apenas quince o veinte estadios. Ya veo la Acrópolis orgullosa, el hogar de los dioses, de nuestros dioses. Y pronto oiré a nuestros ciudadanos saludarme, sus gritos de ánimo, de bienvenida, de saludo. Tal vez teman una mala noticia. Pero Filípides y su carrera alegre y viva no darán lugar a malas interpretaciones. Hemos triunfado. Hemos sido capaces de hacerlo.

Al limpiarme la cara, he pasado la mano por la boca y he notado algo espeso y viscoso: la mano se ha cubierto de sangre. Por eso respiro con más dificultad. Por eso el fuego del pecho no cesa. Sin embargo, ya está tan cerca la meta. No seré un espartano, pero un ateniense libre es capaz de conseguir todo lo que ellos sean capaces de hacer. Y más. Filípides. No me detendré.

Pan me mira y me sonrío. Recuerdo el clamor del estadio cuando ganaba mis carreras y el laurel coronaba mi frente. Mis hermanos hoplitas, los efebos en el gimnasio. Las viejas historias de Aquiles corredor. Los viajes que he repetido en mis carreras, dentro de mi cabeza, de Odiseo por el mundo conocido y desconocido. Oigo voces a mi alrededor y me parece que el fuego de mi pecho ha cesado. Las voces repiten mi nombre, Filípides, y también gritan dos palabras, las que pensé que iba a pronunciar nada más atravesar las puertas de mi ciudad: "Hemos vencido". Las que pronuncié antes de que todo, de pronto, se volviera oscuro y calmo. Hemos vencido.

Las voces se alejan y todo se va aclarando a mi alrededor. Vuelve la luz; qué bien, no me gustaba esa oscuridad ni la sensación de las calles estrechas y los edificios altos que no dejan paso al sol ni a la claridad hecha de todos los colores; otra vez cara al cielo y al viento transparentes que te acarician cuando corres, que te susurran en mil tonos que puedes hacerlo, que lo harás. Porque es tu gusto, porque es tu placer. Tu voluntad. Pan me mira y me sonrío. Pero no me alcanza en mi última carrera. La más plena. Todo se vuelve respiración armónica, todo se vuelve ritmo y pisada, todo los brazos que suben y bajan a su ritmo. No hay dolor, no hay cansancio. Sólo plenitud...

En el más alto de los collados, corro, ¡por fin!, por el sendero hecho de nubes blancas mientras arriba, abajo, nos sigue la senda paralela de hierba verde y de florecillas de oro. Así arriba como abajo. Así abajo como arriba. A un paso sigue otro, y otro. Todos llevan, como Maratón, a la libertad. Me llamo Filípides. Y he sido capaz de hacerlo.

"Entonces, cuando Persia fue polvo, todos gritaron: '¡A la Acrópolis! ¡Corre, Filípides, una carrera más! ¡Tendrás tu recompensa!

Atenas se ha salvado gracias a Pan. ¡Ve y grítalo!' Arrojó él su escudo, corrió otra vez como una saeta; y toda la extensión entre el campo de hinojo y Atenas de nuevo fue rastrojos, un campo que recorría una saeta, hasta que él anunció: '¡Regocijaos, hemos vencido!'.

Como vino que se filtra en arcilla, la felicidad que fluía por su sangre le hizo estallar el corazón: ¡el éxtasis!"

Robert Browning. *Filípides*. 1879.